

Un Hermengildo Arruga menos conocido

A. Arruga

Honoris Causa por Heidelberg y Edimburgo, Medalla Goñi, reconocido, destacado oculista, menos conocidas fueron algunas singularidades de su carácter y hobbies. Ducho en ajedrez, una vez hizo tablas con el campeón del mundo, Capablanca. Delantero del FC Catalán, a la sazón rival y en ocasiones verdugo del "Barça", fue varias veces el goleador. Entusiasta de la fotografía y el automóvil (Figura 1), más tarde su pasión fueron las lanchas rápidas (Fi-

gura 2), que acabaron con la tranquilidad de las aguas del litoral bagurense. A los cincuenta años aprendió a esquiar (Figura 3) y a los setenta coronó la cumbre de la Jungfrau (4.166 m.).

Afectuosísimo con los que sufren, los afligidos y los desgraciados, arisco con aduladores y petulantes. Don Galo Leoz lo definió como un tímido que un día descubrió que un chasco, bufido o una exhibición de



Figura 1.
1912: Al volante de un deportivo. El porte difiere del de los actuales "Fórmula 1"



Figura 3.
Esquiando en Suiza (1936)



Figura 2.
Pilotoando una canoa (1932)



Figura 4.
Aquel -"¡i Nooo!..."- de La Toja (1946)

rudeza constituían un blindaje contra aduladores, pesados e insolentes. Pero bajo una apariencia adusta, encubría una bondad generosa.

Alguien lo calificó como “el mal educado más civilizado del mundo”; si hablando con un compañero coincidía con una señora al aproximarse a una entrada, ni soñar en cederle el paso: no es que la menospreciara, es que no la veía. Por el contrario, si en la carretera percibía algo, quizás peligroso para otro coche cuyo conductor pudiera no advertirlo, se detenía, bajaba y retiraba el objeto en cuestión.

Antítesis de la diplomacia, nada de alagar al cliente: “¿Cómo está de glucosa?” -“¡Doctor!... ¿Aún me recuerda?” -“¡Nooo, pero veo su historial!”. Pero sin duda el planchazo “record” fue aquel del Congreso en La Toja, en 1946 (Figura 4). Inesperadamente se presentó el Caudillo; los organizadores de la convención dijeron: “Arruga; a usted, como presidente, le corresponde dar la bienvenida”. Concluido el “blabla” propio de la situación, dijo Franco: “Arruga, cuando vaya a Madrid, venga a verme”. Arruga, despistado, respondió a bote pronto: “Nooo, si voy a Madrid es para ver a un enfermo o asistir a un congreso, sin tiempo para más”.

Distraído. Cuando habitaba el segundo de la casa en cuyos bajos tenía el consultorio, tras la cena, bajaba al mismo para estudiar hasta la medianoche. Como en aquella hora no funcionaba la iluminación eléctrica de la escalera, regresaba al piso alumbrándose con un fósforo. Cierta vez, a las dos de la tarde, su

esposa se sorprendió al verlo llegar, en un día de sol radiante, sujetando una cerilla encendida...

Pródigo hasta extremos demenciales, sin embargo sus propinas a los “porteurs” eran ridículas. Entraba en el cine con una linterna; pero aquí no era tanto para eludir la gratificación al acomodador como para sentir que no necesitaba acompañante. Amante de la simplificación hasta extremos curiosos, más de una vez viajó a las Américas con un maletín por todo equipaje (probablemente una muda de ropa interior, quizás unos calcetines) para evitar un equipaje voluminoso. “Si hace frío en Nueva York o calor en Río, ya compraré allí ropa adecuada al clima”, decía.

Humilde en lo que se le conceptuaba como autoridad mundial, era a veces dogmático en materias que conocía menos. Con la ventaja y la desventaja del políglota -que no suele escribir correctamente en ningún idioma- no consultaba diccionarios. Así, refiriéndose a complicaciones en la operación de catarata, escribió “ruptura” en lugar de “rotura” de la cápsula. En cambio, siempre admitió que un compañero que discrepaba sobre determinada materia fuese quien tenía razón, y no él. En su discurso al recibir el Doctorado Honoris Causa de Edimburgo, manifestó: “Sí, he trabajado, pero otros más que yo. Y en varios casos, sus ideas eran inicialmente más acertadas que las mías. Pero las circunstancias, o la suerte, no les acompañaron. Más de uno de ellos quizás debiera estar aquí, y no yo”.

Terco. A fines de julio del 36 fue requerido para operar un desprendimiento en Perpiñán (Figuras 5.1 y

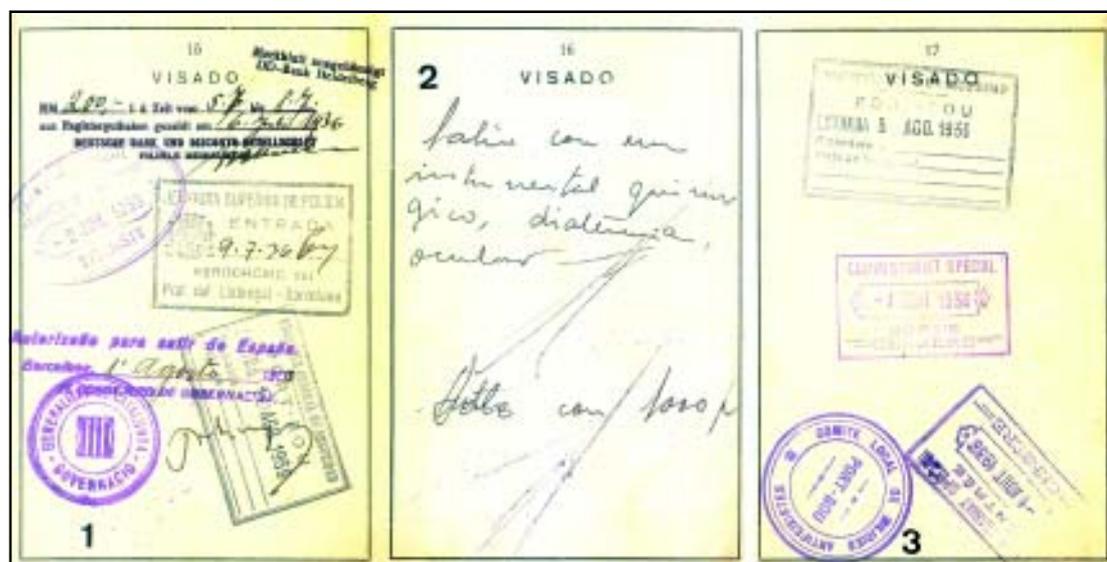


Figura 5. Autorizado por la Generalidad⁽¹⁾ a salir, con una diatermia⁽²⁾ La Policía “relevada” por las “Milicias Antifeixistas”⁽³⁾ (Pasaporte de 1936)

5.2), por tratarse de un enfermo imposibilitado que no podía desplazarse. Un empleado de la Generalitat le sugirió que saliera con la familia, pues no sabía hasta cuándo darían los visados ellos, ya que los anarquistas se iban adueñando de la situación. Así lo hizo, pero se obstinó en regresar para curar y dar el alta a los que había operado antes de su partida, aun cuando dejara ayudantes perfectamente preparados

para ello. La cosa pudo costarle cara, pues en el viaje siguiente ya no había policía en la frontera, sino un Comité de Milicias Antifascistas (Figura 5.3); por suerte, un miliciano al que había curado “gratis” le reconoció y dijo a los demás que le dejaran salir. Así lo hizo, a pie, a través del túnel del ferrocarril que ya no funcionaba. Así empezó su exilio de tres años.